

ERIC HOLT GIMÉNEZ (ed.)

# ¡MOVIMIENTOS ALIMENTARIOS UNIDOS!

ESTRATEGIAS PARA TRANSFORMAR  
NUESTROS SISTEMAS ALIMENTARIOS

Icaria ✦ Antrazyt  
SOBERANÍA ALIMENTARIA

# ÍNDICE

Agradecimientos 9

Introducción a la edición castellana,  
*Xavier Montagut* 11

Prefacio.

Soberanía Alimentaria, Justicia Alimentaria  
y la Cuestión Agraria: una lucha por la convergencia  
en la diversidad, *Samir Amin* 15

Introducción.

¡Movimientos alimentarios unidos! Estrategias  
para transformar nuestros sistemas alimentarios,  
*Eric Holt-Giménez* 27

## PRIMERA PARTE CAMPEÑINOS, SOSTENIBILIDAD Y SOBERANÍA ALIMENTARIA

- I. Soberanía alimentaria: alianzas y transformación,  
*Paul Nicholson* 37
- II. Soberanía alimentaria: una necesidad de los pueblos,  
*João Pedro Stedile y Horacio Martins de Carvalho* 49
- III. Sin claridad en que es paridad, todo lo que obtenemos  
es caridad, *George Naylor* 63
- IV. Mujeres rurales creando sistemas alimentarios  
abundantes en África Occidental,  
*Tabara Ndiaye y Mariamé Ouattara* 83

- V. Inconteniblemente hacia la soberanía alimentaria,  
*John Wilson* 101
- VI. Transformando el rol de las ong para convertir  
la soberanía alimentaria en una realidad,  
*Fatou Batta, Steve Brescia, Peter Gubbels, Bern Guri,  
Cantave Jean-Baptiste y Steve Sherwood* 121

SEGUNDA PARTE  
CONSUMIDORES, TRABAJO  
Y JUSTICIA ALIMENTARIA

- VII. Sobrevivir mientras llega la revolución pendiente:  
lo que las panteras negras pueden enseñar  
al movimiento alimentario, *Raj Patel* 147
- VIII. Más allá que «votar con el tenedor»: de la conciencia  
alimentaria a la construcción de movimientos,  
*Josh Viertel* 169
- IX. Racismo y justicia alimentaria: el caso  
de Oakland, EEUU, *Brahm Ahmadi* 181
- X. Conciencia + compromiso = cambio, conversación  
con *Lucas Benítez* 197
- XI. La alianza de trabajadores de la red alimentaria,  
*Jose Oliva* 207
- XII. Si nosotros comemos, nosotros decidimos,  
*Xavier Montagut* 223
- XIII. La producción local de alimentos es clave  
para la recuperación económica, *Ken Meter* 237

TERCERA PARTE  
DESARROLLO, CLIMA Y DERECHOS

- XIV. El potencial transformador de la agroecología,  
*Olivier De Schutter* 261
- XV. La agricultura en una encrucijada: evaluación  
Internacional del Papel del Conocimiento,  
la Ciencia y la Tecnología en el Desarrollo Agrícola  
(IAASTD), *Hans R. Herren y Angela Hilmi* 281
- XVI. Ahora es tiempo para hacerlo: el Comité  
de Seguridad Alimentaria de Naciones Unidas,  
*Nora McKeon* 295
- XVII. La soberanía alimentaria y la justicia climática,  
*Brian Tokar* 313
- XVIII. Autonomía de la mujer y soberanía alimentaria,  
*Miriam Nobre* 331
- XIX. Transformando nuestro sistema alimentario  
transformando nuestro movimiento:  
conversación con Rosalinda Guillén 345
- XX. La agricultura ecológica: producir alimentos  
nutritivos de calidad y sanos para todos,  
*M.<sup>a</sup> Dolores Raigón y Víctor González* 355
- Conclusiones  
¡Movimientos Alimentarios Unidos! Es posible  
crear un nuevo sistema alimentario,  
*Eric Holt-Giménez y Annie Shattuck* 383
- Acrónimos 393



## AGRADECIMIENTOS

Fue posible escribir este libro gracias al apoyo de muchas personas quienes brindaron su tiempo y experiencia al proyecto, porque creen en la importancia de construir un movimiento alimentario global fuerte. Tanya Kerksen ayudó a contactar a los autores, ella con Marilyn Borchardt, Annie Shattuck, Zoe Brent y Leonor Hurtado aportaron en la concepción del libro y brindaron comentarios útiles en el proceso de producción. Bill Wroblewski filmó y editó entrevistas para el libro y la página web. También agradecemos su labor a las colaboradoras de Food First, Renee MacKillop, Aja Peterson, Celeste Peifer y Rebecca Mistruzzi quienes trabajaron en secciones del libro.

A las organizaciones compañeras Grassroots International, Why Hunger y Roots of Change (EUA), y More and Better (Noruega) que participaron en la co-publicación de este libro en su edición inglesa, así como la Xarxa de Consum Solidari, Entrepueblos y la Sociedad Española de Agricultura Ecológica en su versión castellana en España: ¡Muchas Gracias!

Valoramos y agradecemos enormemente el aporte de las y los traductores de inglés a español coordinados por Leonor Hurtado: Elena Chen, Gabriela Diéguez, Allen González, Ileana Fohr, Tomás Gutiérrez, Leonor Hurtado, Eliana Kusnetzoff, Luis A. Lei, Ana Lin, Alexandra Praun, María Luisa Rosal, Daniel Velásquez, Anna Villarruela, Susana Wang y Tamara Wattmen. Así como la revisión final de Xavier García de la Serrana y Jordi Gascón, de la Xarxa de Consum Solidari.

Finalmente, con orgullo reconocemos a miles de miles de jóvenes, mujeres y hombres —los defensores y los promotores de los movimientos por la justicia y la soberanía alimentaria— quienes están al frente de esta lucha para transformar nuestros sistemas alimentarios. Ellas y ellos inspiran este libro. Para ellos, perder la esperanza no es una opción.

# INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN CASTELLANA

Xavier Montagut\*

La crisis aparece hoy como una crisis financiera que acapara todo el espacio mediático. Sin embargo, conviene recordar que apareció, en un primer momento, como una crisis alimentaria, y después como una crisis ambiental. Su recorrido, de más de ya cuatro años, nos muestra su carácter sistémico y nos permite contemplar sus múltiples aspectos: ecológicos, alimentarios, económicos, sociales y financieros, y sus interrelaciones.

La sobrevaloración de los aspectos financieros de la crisis, colocándolos como los aspectos dominantes, sino exclusivos, de la crisis no es ajena a situarlos como el tema del que debiera partir su solución. Así en Europa, situados los temas financieros en el centro de la crisis y habiendo cedido el espacio de un verdadero banco público a un cartel de la gran banca privada estamos asistiendo a un proceso de «vampirización» de recursos financieros de las clases populares y de los servicios del Estado de bienestar a favor de la gran banca que ha colocado a sus gestores en los puestos claves de decisión en un proceso de deterioro democrático sin precedentes.

La gravedad de este ataque ha hecho que las medidas defensivas, en especial contra los recortes y la leyes regresivas, hayan ocupado el centro de las movilizaciones sociales. Sin embargo, ello no debiera ocultar que la solución de la crisis no se puede dar volviendo a la situación anterior que ha estado en su origen. Por ello la salida de

---

\* Xarxa de Consum Solidari.



la crisis debe ir estrechamente entrelazada con la reivindicación de otro mundo. Otro mundo que ha de incluir alternativas a todas las aristas que ha mostrado la crisis actual.

¿Qué papel ha de jugar la agricultura en la reivindicación de este otro mundo? Los conceptos con los que los economistas miran la actual crisis económica y sus salidas solo cuentan los flujos monetarios. Pero las raíces ecológicas y energéticas de la actual crisis requieren ir más allá y analizar los flujos de materia y energía que hay debajo de esta economía. Volver a una economía «real», a una economía productiva, parece algo sensato incluso para los economistas. Pero si analizamos desde este punto de vista lo que clásicamente se llama economía real, economía productiva, llegamos a la conclusión de que estamos ante una economía que no produce nada nuevo. Lo que la economía monetaria llama creación de riqueza no es más que la concentración y la redistribución de la riqueza que se extrae de la naturaleza. Continuar en un economía extractivista es una postura suicida considerando que nuestra biosfera es finita. Seguir con este proceso, teniendo en cuenta la segunda ley de la termodinámica, nos acerca cada vez más a lo que algunos autores han llamado la «sopa entrópica».<sup>1</sup>

Una economía realmente productiva debe entender esta como un subsistema dentro de un sistema más amplio: la biosfera. Sus límites y leyes deben enmarcar una economía que realmente quiera ser sostenible. Visto así, el proceso fundamental que permite que la única fuente de energía inagotable, el Sol, se transforme en formas utilizables por la humanidad es el proceso de fotosíntesis. La fundamental actividad humana que utiliza este proceso para satisfacer sus necesidades es la agricultura. En esta nueva visión, la agricultura ha de volver a tomar un papel central en la actividad económica.

Que la agricultura recupere un protagonismo en la economía solo depende del ritmo con que se acaben los precios baratos de la energía y la materia no renovable. Y esto en algunos casos, como

---

1. Se considera que aunque ni la materia ni la energía se destruyen, su redistribución lleva hacia una mayor entropía y que, por tanto, a que la posibilidad de su utilización por el ser humano disminuya aceleradamente. Véase *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: más allá de los dogmas*, de Naredo, Jose Manuel, Siglo XXI, 2006.

los combustibles fósiles, ya ha empezado. Ante esta situación especuladores y grandes multinacionales se aprestan a adecuar su insaciabilidad al nuevo papel que la agricultura está llamada a jugar. La especulación con los alimentos, el acaparamiento de tierras en el sur del planeta, los agrocombustibles... son diferentes formas de trasladar lo peor del actual modelo de concentración de la riqueza y destrucción de la naturaleza a la agricultura y a la alimentación. Su camino es continuar y profundizar en una agricultura industrializada que se ha mostrado socialmente injusta y ecológicamente insostenible. Ello significaría una nueva vuelta de tuerca en el sufrimiento de millones de personas y en la insostenibilidad de un modelo que daría un nuevo paso, quizás el último, hacia el abismo.

Pero esta situación también puede ser una oportunidad. Si el actual modelo agrícola y de alimentación es causa de los problemas, otro tipo de agricultura puede ser parte de la solución.

Estamos hablando de que la agricultura campesina y la agroecología es capaz de alimentar al planeta de forma sana y suficiente, de que es imprescindible si queremos parar el cambio climático y enfriar el planeta y si queremos preservar los bienes comunes (tierra y agua) y la biodiversidad.

La actual crisis está mostrando los límites ecológicos y la injusticia social del desarrollismo ilimitado y del crecimiento del PIB como objetivo último de la economía. Un nuevo paradigma es necesario. Llámese el Buen Vivir —Sumak Kawsay—, como consta en la constitución equatoriana, o llámese economía al servicio de las personas, hemos de convenir que el derecho a una alimentación sana, suficiente y adecuada culturalmente para todos debe estar en el centro de los objetivos de una nueva política económica al servicio de las personas que, abordando las causas profundas de la crisis sistémica, nos permita salir definitivamente de ella.

Los mercados, es decir las multinacionales, en su afán de poner la economía a su servicio no les ha bastado en reducir la democracia a un sistema partidista domesticado según sus intereses. Con la crisis hemos asistido al secuestro de la voluntad democrática del 99% para poder imponer los planes del 1%. La simple amenaza de un referéndum ha llevado a derribar gobiernos poniendo en su lugar a supuestos tecnócratas vinculados con los grandes grupos bancarios. No es de extrañar, pues, que la resistencia a la salida

neoliberal a la crisis haya ido acompañada de una exigencia de democracia real ya.

De la misma manera, recuperar el derecho a la alimentación requiere recuperar, también, el control de la producción de alimentos por parte de productores y ciudadanos, recuperar la soberanía alimentaria. No recuperaremos nuestra soberanía sin un amplio y potente movimiento por otra agricultura y otra alimentación con capacidad para, mediante una alianza de diversos sectores sociales, desafiar con éxito el sistema agroalimentario que nos domina.

Y es esta la temática del libro que tienes en tus manos. ¿Cómo podemos convertir el movimiento alimentario en una fuerza política transformadora? ¿Qué podemos hacer para que no sea una moda pasajera, algunas reformas débiles o un conjunto de proyectos de alimentación y agricultura aislados? Las y los activistas agrícolas, alimentarios y laborales que participan en él, representan un amplio y diverso espectro de las luchas que se están desarrollando a lo largo y ancho del planeta. Sus reflexiones son necesarias para diseñar el camino para recuperar nuestro derecho a una alimentación sana y suficiente y a su control, para recuperar la soberanía alimentaria y, con ello, al control de nuestras vidas y del futuro del planeta.

Disfrutad de la lectura y buen provecho.

XAVIER MONTAGUT, mayo de 2012

## PREFACIO

# SOBERANÍA ALIMENTARIA, JUSTICIA ALIMENTARIA Y LA CUESTIÓN AGRARIA: UNA LUCHA POR LA CONVERGENCIA EN LA DIVERSIDAD

Samir Amin

### **Producciones familiares, agricultura moderna y la producción del hambre**

La agricultura familiar moderna en Europa occidental y en los Estados Unidos de América, EEUU, laboralmente es muy productiva. Cada trabajador produce de 1.000 a 2.000 toneladas de cereal, la producción jamás había sido tan grande y ha permitido que menos del 5% de la población provean abundantes productos para países enteros, también que haya sobreproducción para la exportación. Aunque no es necesariamente el tipo de agricultura más productiva evaluando toneladas producidas por hectárea, la agricultura familiar moderna tiene una capacidad excepcional para incorporar las innovaciones y para adaptarse tanto a las condiciones ambientales como a las demandas del mercado.

Aunque está profundamente enraizada en el capitalismo, la agricultura familiar es diferente a la agricultura industrial porque no comparte las características específicas de la producción capitalista: la organización industrial del trabajo. En la fábrica, la cantidad de trabajadores permite una división del trabajo especializada, que está en el origen del crecimiento de la productividad moderna. En las fincas familiares modernas, el suministro laboral es reducido a uno o dos individuos (la pareja de productores), algunas veces apoyados por uno, dos o tres miembros de la familia, socios o trabajadores permanentes, también en algunos casos, una gran cantidad de trabajadores temporales (especialmente durante las cosechas de frutas y vegetales). Generalmente no existe una división del trabajo fija

ni estricta, las tareas son complejas, múltiples y variables. En este sentido, la producción agrícola familiar moderna no es capitalista. Sin embargo, en los países del Norte la agricultura familiar moderna es una parte inseparable e integral de la economía capitalista, y combinada con su productividad y la eficiencia laboral aportan enorme productividad y resiliencia al sistema agroalimentario global.

La eficiencia laboral de la finca familiar moderna se debe principalmente al moderno equipo que utiliza, ya que posee el 90% de los tractores y del equipo agrícola moderno que se utiliza en el mundo. En la lógica capitalista, la o el agricultor es al mismo tiempo trabajador y capitalista, y su ingreso debería corresponder a la suma de su sueldo por su trabajo y la ganancia por ser dueño del capital que se utiliza. Pero no es así. El ingreso neto de los propietarios es comparable al pago promedio (bajo) en un empleo en la industria del mismo país. La intervención del Estado y las políticas regulatorias en Europa como en EEUU para favorecer la sobreproducción (acompañada de subsidios) garantizan que las ganancias sean acumuladas no por los agricultores, si no por los segmentos que controlan el capital industrial, financiero y comercial, que se mueven más arriba y más abajo en la cadena alimentaria.

A pesar de su eficiencia, la familia agrícola moderna es solo un subcontratista preso entre la corriente de la agroindustria (que impone organismos genéticamente modificados, OGM y abastecimiento de equipo y productos químicos) y la presión de los comerciantes, procesadores y los supermercados comerciales. El autoconsumo es casi irrelevante al negocio de agricultura familiar moderna, porque la economía familiar depende totalmente de su producción para el mercado. Por ello, la lógica que dirige las opciones de producción familiar no son las mismas a las de la agricultura campesina de ayer ni a las de las y los campesinos actualmente en el Tercer Mundo. Debido a su total subordinación a las fuerzas del mercado, las familias agrícolas son víctimas de la producción en masa del sistema capitalista —tanto como productores como consumidores. Esta realidad los une a las y los productores campesinos de los países del Sur y a la creciente masa de desclasados consumidores de «comida de masa» o «comida basura» de todo el mundo.

En el Tercer Mundo la contraparte de los agricultores familiares modernos del Norte son las y los campesinos, quienes constituyen

más de un tercio de la humanidad —dos billones y medio de personas. Los tipos de agricultura cambian, de agricultura no mecanizada que utiliza los productos llamados de la Revolución Verde (fertilizantes, pesticidas y semillas híbridas), cuya producción ha aumentado a 100-500 quintales por trabajador, a aquella agricultura destruida por la espiral negativa de la Revolución Verde; la «involución», cuya producción disminuyó a 10 quintales por trabajador y continúa decayendo a pesar de los crecientes y caros insumos invertidos. Otra categoría creciente de productores agrícolas son las y los campesinos que utilizan métodos «agroecológicos» para manejar la producción agrícola, las fuentes de agua y crear ecosistemas para mantener la productividad y la resiliencia, para disminuir el coste de producción y cuya productividad —cuando se mide en kilos por hectárea— compite tanto con la agricultura industrial como con las fincas familiares modernas. A pesar de esto, la distancia entre la producción promedio entre productores agrícolas del Norte y los productores campesinos del Sur es enorme, en 1940 era de 10 a 1, actualmente es de 100 a 1. En otras palabras, el rango de progreso en la productividad agrícola ha sobrepasado enormemente la que se da en otras actividades productivas, lo que combinado con la sobreproducción global hace que el precio real caiga de 5 a 1.

La agricultura campesina familiar en los países del Sur, al igual que su contraparte del Norte, también está bien integrada al mundo capitalista. Sin embargo, un estudio más minucioso inmediatamente revela tanto las convergencias como las diferencias en estos dos tipos de economía «familiar». Existen enormes diferencias las cuales son visibles e innegables: la importancia de alimentos para sobrevivir en las economías campesinas; la baja eficiencia laboral de la agricultura no mecanizada; las minúsculas parcelas y su sistemático despojo o destrucción por la urbanización, los agrocombustibles y la industria agrícola; la extrema pobreza (tres cuartos de las víctimas de desnutrición son rurales); y el inmenso problema agrario (las y los campesinos no son el 2-5% de un sector más amplio, como en la sociedad industrializada, sino que constituye casi la mitad de la humanidad).

A pesar de estas diferencias, la agricultura campesina es parte del sistema capitalista global dominante. Las y los campesinos frecuentemente dependen de la compra de insumos y cada vez más son presas de

los oligopolios que los venden. Además, estos campesinos alimentan a casi la mitad de la población humana (incluyéndose a sí mismos). Para los campesinos atrapados por la Revolución Verde (aproximadamente la mitad de los campesinos en los países del Sur), la absorción de sus ganancias por el capital dominante es macabro, manteniéndolos en una desesperante pobreza (como lo evidencia la epidemia de quiebra y los suicidios campesinos en India). La otra mitad del campesinado en los países del Sur, a pesar de su baja producción tiene una tasa de crecimiento de 8% anual (por lo cual es considerada como un mercado potencial anual de 2.3 trillones de dólares).

### **La colonización industrial de los sistemas alimentarios sustentados por las y los campesinos y las familias agrícolas**

Como respuesta a la crisis mundial alimentaria, el capital del régimen alimentario corporativo —integrado por los gobiernos de los países del Norte, instituciones multilaterales, oligopolios agroalimentarios y el gran capital filantrópico— proponen utilizar ingresos públicos de los impuestos en la modernización de áreas en países del Sur que tienen un enorme potencial agrícola (es decir, regiones «graneros» donde hay buena tierra y acceso a la irrigación) para incorporarlas en los mercados globales. Nos quieren hacer creer que, esto erradicará la pobreza rural y permitirá un crecimiento económico nacional en los países del Tercer Mundo, al mismo tiempo que terminará con el hambre en el mundo.

Esta estrategia es promovida por «razones supremas y absolutas» de la administración económica que se sustenta en la propiedad privada y exclusiva de los medios de producción. De acuerdo con la economía convencional, el mercado sin regulación (donde es transferible la propiedad del capital, la tierra y el trabajo) determina el uso óptimo de estos factores de producción. De acuerdo con este principio, la tierra y el trabajo se convierten en mercancías y como cualquier otra mercancía es transferible al precio del mercado para garantizar el mejor uso para sus dueños y la sociedad en general. Esta no es más que una tautología, sin embargo, es el sustento del discurso económico acrítico.

El sistema global de la propiedad privada de la tierra, que requiere el libre movimiento del capital (y su concentración) se justi-

fica en términos sociales con el siguiente argumento: la propiedad privada en sí misma garantiza que las y los agricultores campesinos, no serán súbitamente despojados del producto de su trabajo. Obviamente, para la mayoría de las y los campesinos del mundo esto no es una realidad. Otras formas de tenencia de la tierra pueden garantizar que las y los agricultores, campesinos (así como las y los trabajadores y consumidores) gocen de beneficios equitativos de la producción, pero el discurso de la propiedad privada es utilizado como conclusión para imponerse como la única posibilidad que puede «regular» el desarrollo de la población. Actualmente los centros capitalistas subyugan a la propiedad privada: la tierra, el trabajo y el consumo en todas partes, a través de expandir la política de monopolios, «privatizaciones» de regiones del mundo, para asegurar el despojo de las y los campesinos y garantizar que sufran inseguridad alimentaria vastas comunidades pobres. Esta forma de actuar no es nueva; se inició durante la expansión global del capitalismo en el contexto de los sistemas coloniales. Lo que el actual discurso dominante interpreta por «reforma del sistema de tenencia de la tierra» y «nuevas inversiones en agricultura» es totalmente lo contrario a lo que se requiere para construir una alternativa real sustentada en una economía campesina próspera. Este discurso promovido por los instrumentos de propaganda del imperialismo global —el Banco Mundial, numerosas agencias de cooperación— e incluso un número creciente de Organizaciones No Gubernamentales, ONG que reciben financiamiento gubernamental y del capital filantrópico —interpretan la reforma agraria como medio para acelerar la privatización de la tierra, nada más que eso. Su aspiración es clara: crear las condiciones que permitirán a las modernas «islas» de agronegocios apoderarse de la tierra que necesitan para su expansión.

### **¿Es deseable que los países del Norte modernicen la agricultura de los países del Sur? ¿Será posible?**

Fácilmente se podría imaginar que concentrando la producción de 2.5 billones de personas en 50 millones de nuevas fincas modernas en enormes áreas con tierra agrícola de primera calidad y con acceso a todos los créditos subsidiados, se podrían producir los alimentos que actualmente generan las y los campesinos. Posiblemente, esta



medida incluso liberaría la tierra que se estima necesaria para producir los agrocombustibles que el Norte requiere, 276 millones de hectáreas (aunque esto no significa que haya suficiente agua para esa producción). Pero ¿qué va a suceder con el sustento y los sistemas alimentarios de millones de campesinas y campesinos que son productores «no competitivos»? Inexorablemente serán expulsados de la tierra y eliminados en corto tiempo, posiblemente en pocas décadas. ¿Qué pasará con estos millones de personas, quienes con limitaciones, tienen capacidad de alimentarse a sí mismas? En un lapso de 50 años, ningún desarrollo competitivo industrial —ni siquiera considerado en un escenario hipotético con crecimiento económico anual de 7%, podría empezar a absorber un tercio de esa masiva reserva laboral. Esta población sería condenada al hambre, la migración y el sufrimiento, no porque la comida sea insuficiente, si no debido a que serán expulsados de la tierra en un sistema alimentario disfuncional que, obstinadamente los mantendrá en la pobreza y con inseguridad alimentaria.

El capitalismo, por su propia naturaleza, es incapaz de resolver la crisis global de hambre porque no puede resolver la cuestión agraria histórica: cómo movilizar la sobreproducción agrícola que generan las y los campesinos a la industria, sin eliminar al campesinado de la agricultura. Aunque el capitalismo fue capaz de realizar esta transición en las sociedades industrializadas de los países del Norte, esta práctica no es eficaz para el 85% de la población mundial que habita en los países del Sur. Actualmente, ha llegado a tal nivel que su continua expansión requiere la aplicación de políticas de acaparamiento de tierra en todo el mundo, en una escala similar a la ocurrida al inicio del capitalismo como sistema económico en Inglaterra. La enorme diferencia consiste en que actualmente la destrucción de la «reserva campesina» en todo el mundo, para tener trabajo barato, equivaldrá al genocidio de un tercio o la mitad de la humanidad. Por un lado, la destrucción de las sociedades campesinas de Asia, África y Latinoamérica; por otro, billones de ganancias inesperadas para el capitalismo global extraídas de una producción social inútil, incapaz de satisfacer las necesidades de billones de personas hambrientas en los países del Sur, al mismo tiempo que aumenta la cantidad de personas enfermas y obesas en los países del Norte.

Hemos alcanzado un punto en el que para abrir nuevas áreas de expansión del capitalismo es indispensable destruir sociedades enteras. Imagine, por un lado, 50 millones de nuevas y modernas fincas «eficientes» (20 millones de personas con sus familias); por el otro, dos billones de personas totalmente excluidas. Cualquier ganancia de esta transición capitalista sería una lamentable gota de agua en un océano de destrucción. El efecto de aumentar la migración de las áreas rurales trasladará la miseria de la sociedad capitalista a nuevas y a las existentes comunidades urbanas de gente pobre, sin servicios y «sobrepobladas». El colapso del sistema alimentario global evidencia el hecho que, a pesar de la jactancia neoliberal, el capitalismo ha entrado a su etapa senil porque la lógica del sistema es incapaz de al menos garantizar la supervivencia de la humanidad. La continua expansión del capitalismo en la agricultura de los países del Sur provocará que el planeta esté lleno de villas miseria, barriadas, favelas. Si, anteriormente, esta creativa fuerza histórica rompió los lazos del feudalismo, actualmente el capitalismo se ha convertido en la barbarie que nos lleva directamente al genocidio. Es indispensable cambiarlo —hoy más que nunca— por otras lógicas y procesos de desarrollo que sean más racionales y humanos.

¿Qué se puede hacer? Diferentes líderes mundiales abordan esta pregunta histórica de diferentes formas en este libro. Yo también deseo abordarlo —como ellas y ellos lo hacen— sin estancarse en el pasado ni en modernismos románticos, sino proponiendo una nueva visión de soberanía alimentaria.

## **No existe otra alternativa válida que no sea la soberanía alimentaria**

La resistencia de las y los campesinos, pequeñas familias agrícolas y consumidores pobres, quienes son las personas más dañadas por el disfuncional sistema alimentario global, es esencial para construir una alternativa real y genuina para la humanidad. Tenemos que garantizar la funcionalidad y resiliencia de la agricultura campesina y familiar para que sea posible el futuro en el siglo XXI, simplemente porque esta agricultura nos permitirá resolver el problema agrario que determinan el hambre y la pobreza. El campesinado, las familias agrícolas y la agroecología —junto con nuevas relaciones con los

consumidores y el trabajo— son esenciales para superar la destructiva lógica del capitalismo.

Personalmente creo que este cambio conllevará una transición larga y civil hacia el socialismo. El peso principal de esta transición fundamentalmente será en los países del Sur, pero también se concretará en los sistemas alimentarios urbanos y rurales de los países del Norte. Necesitamos crear políticas que regulen las nuevas relaciones entre el mercado y la agricultura campesina familiar, entre productores y consumidores, entre el Norte y el Sur, y entre áreas urbanas y rurales.

Esta es una tarea histórica, enorme y con muchas facetas en la que debemos abordar las reglas estructurales que gobiernan los sistemas alimentarios. Para comenzar, simplemente tenemos que negar el poder y la agenda de la Organización Mundial del Comercio, OMC, encargada del modelo global de mercado. Las regulaciones deben ser adaptadas a nivel local, nacional, regional y subregional para proteger a los pequeños productores. Los sistemas alimentarios deben proteger la producción nacional y de los pequeños productores para garantizar la soberanía alimentaria —en otras palabras, el precio interno de los alimentos, el precio y la renta económica de la cadena alimentaria se han de separar del llamado mercado mundial.

Un incremento gradual en la productividad de la agricultura campesina combinando agroecología y estrategias de bajos insumos externos, sin duda será lento pero continuo y permitirá controlar el éxodo de las poblaciones rurales a las ciudades (en el Norte como en el Sur) y permitirá construir sistemas alimentarios autónomos que se benefician recíprocamente en comunidades desabastecidas, fortaleciendo las economías locales, el abastecimiento alimentario y la dieta. A nivel del llamado mercado mundial, la regulación deseable probablemente se puede alcanzar con acuerdos tanto inter-regionales como rural-urbanos, que satisfagan los requisitos para un tipo de desarrollo sustentable que integra a las personas, en lugar de excluirlas como sucede actualmente.

A escala global el consumo de alimentos está garantizado (el 85%) por la producción local. Sin embargo, esta producción corresponde a diferentes niveles de satisfacción de las necesidades alimentarias: generalmente bueno para Norteamérica, Europa Central y Occidental, aceptable en China, mediocre para el resto de Asia

y Latinoamérica, desastroso para África. Estados Unidos y Europa han comprendido muy bien la importancia de la soberanía alimentaria nacional y exitosamente la han implementado en sus países a través de políticas económicas sistémicas. Pero parece que ¡lo que es bueno para ellos no lo es para los otros países! El Banco Mundial, la Organización para Cooperación Económica y Desarrollo (OECD, siglas en inglés) y la Unión Europea trataron de imponer a nivel mundial su propuesta, la «seguridad alimentaria». (Un remedio similar aplican los gobiernos nacionales a la población pobre de los países del Norte, donde la seguridad alimentaria de las comunidades con bajos ingresos se logra a través de comida industrial, productos de baja calidad alimentaria «comida de masas», «comida basura»). De acuerdo con su lógica, los países del Tercer Mundo no necesitan alcanzar su soberanía alimentaria, sino que deben depender de la agricultura industrial, la comida de masas y los tratados internacionales para suplir sus deficiencias alimentarias, aunque son enormes. Esto parecería fácil para los países que exportan grandes cantidades de recursos naturales, como petróleo o uranio, o para los consumidores ricos que pueden comprar alimentos fuera de ese circuito de consumo de las masas. La recomendación de los poderes occidentales para otros países es maximizar su especialización en la producción de mercancías agrícolas de exportación, como algodón, bebidas tropicales, aceites y agrocombustibles. Los defensores de la «seguridad alimentaria» para otros —no para sí mismos— no consideran el hecho que la producción especializada, que se practica desde la colonización, no ha mejorado las miserables raciones de comida de la población, por el contrario ha devenido una creciente espiral global de enfermedades provocadas por malas dietas.

En el clímax de todo esto observamos que la crisis económica, que se inició por el colapso financiero de 2008, está agravando la situación y continuará de esta manera. Deprime ver cómo, actualmente, cuando la crisis evidencia el fracaso de las políticas de la llamada seguridad alimentaria, los miembros de OECD se aferran a ellas. Esto no se debe a que los líderes gubernamentales no «comprendan» el problema; sería como negar que tengan inteligencia, lo cual es seguro que poseen. Debemos considerar la hipótesis: la «inseguridad alimentaria» es un objetivo conscientemente adoptado y la comida está siendo usada como un arma. Sin soberanía alimentaria no es

posible alcanzar la soberanía política. Sin soberanía alimentaria no puede existir la seguridad alimentaria ni la justicia alimentaria —ni a nivel nacional ni local.

Mientras no existan alternativas para alcanzar la soberanía alimentaria, su eficiente implementación requiere, de hecho, un compromiso para construir economías profundamente diversificadas en términos de producción, procesamiento, manufactura y distribución.

Nuevas organizaciones campesinas que respaldan las luchas visibles actualmente por la soberanía alimentaria existen en Asia, África y Latinoamérica. En Europa y EEUU las organizaciones de agricultores, trabajadores y consumidores están creando alianzas para construir sistemas alimentarios más equitativos y sustentables. Frecuentemente, cuando los sistemas políticos impiden que se creen organizaciones formales (o les impiden tener un impacto significativo), las luchas sociales se convierten en «movimientos» que parecen no tener una dirección definida. Cuando surgen estas acciones y programas se han de examinar de cerca. ¿A qué fuerzas sociales representan? ¿Los intereses de quién defienden? ¿Cómo puede la lucha encontrar su lugar en la expansión global del capitalismo dominante?

Debemos preocuparnos de las precipitadas respuestas que se dan a estas preguntas complejas y difíciles. No debemos condenar ni ignorar a organizaciones y movimientos con el pretexto que ellos no tienen el apoyo de la mayoría de campesinos, pequeños productores o consumidores para sus radicales programas. Con esta actitud ignoramos que las grandes alianzas y estrategias se forman por etapas. Tampoco debemos aliarnos al discurso «ingenuo globalofóbico» que frecuentemente prevalece en foros y que alimenta la ilusión en que el trabajo disperso de los movimientos sociales puede lograr que el mundo funcione bien.

## **Convergencia en la diversidad**

Como consecuencia de la creciente pauperización, creciente inequidad, creciente desempleo o la creciente precariedad, es normal que la población en todo el mundo empiece a resistir, protestando y organizándose. La población lucha por sus derechos y por la justicia. Los movimientos sociales en su mayoría se mantienen a la defensiva,

enfrentando la ofensiva del capitalismo que desmantela cualquiera de sus conquistas alcanzadas en la lucha en las décadas anteriores, resisten tratando de mantener todo lo que se puede mantener. Pero aunque los movimientos sociales son totalmente legítimos y están creciendo en todas partes, aún están muy fragmentados. Lo que requieren es moverse más allá de la fragmentación y más allá de la acción defensiva, es indispensable crear una alianza creciente que se fortalezca con la fuerza de una alternativa positiva.

Para que cambie la correlación de fuerzas es indispensable que los movimientos fragmentados —como los movimientos por la soberanía alimentaria, la justicia alimentaria y la democracia alimentaria— construyan una plataforma común sustentada en objetivos compartidos. A esta confluencia le llamo «convergencia con diversidad» —que significa reconocer la diversidad, no solo de los movimientos que están fragmentados, sino también de las fuerzas políticas que operan en ellos, así como las ideologías e incluso diferentes visiones sobre el futuro de esas fuerzas políticas. Esta diversidad debe ser aceptada y respetada. No estamos en la situación en la que un partido dirigente puede crear un frente común. Es muy difícil construir la convergencia en la diversidad, pero a menos que lo alcancemos, considero que será imposible cambiar la correlación de fuerzas a favor de las clases populares.

No tenemos un plan establecido para convergencia con diversidad. Las maneras de organización y acción siempre las crean quienes participan durante la lucha —no son preconcebidas por intelectuales y luego ejecutadas por la gente. Al observar la anterior y larga crisis del capitalismo en el siglo XX, vemos que los pueblos inventaron formas eficientes de organizarse y de actuar que fueron útiles en su momento: por ejemplo, los sindicatos, los partidos políticos y las guerras de liberación nacional, acciones que provocaron un gigantesco cambio progresista en la historia de la humanidad. Pero todas ellas han dejado de tener fortaleza porque el sistema en sí ha cambiado y se ha movido a una nueva fase. Actualmente, como lo señaló Antonio Gramsci, la primera ola ha terminado. La segunda ola de acción para cambiar el sistema está empezando. La oscura noche aún no ha terminado; todavía no podemos ver la claridad del día, en este tiempo de crisis todavía aparecerán muchos monstruos entre las sombras... Para trascender la posición fragmentada

y defensiva, para alcanzar algún tipo de unidad y para construir convergencia respetando la diversidad con objetivos estratégicos es indispensable la *re-politización* de los movimientos sociales. Los movimientos sociales escogieron despolitizarse, debido a las políticas anteriores —las políticas de la primera ola de resistencia— ola que ha concluido. Actualmente corresponde a los movimientos sociales crear nuevas formas de politización.

La primera responsabilidad de los activistas de los movimientos de base es ver, reconocer que, no obstante lo legítimo de sus acciones, su eficiencia es limitada por el hecho de no superar una lucha fragmentada. Al mismo tiempo es una responsabilidad de los intelectuales. No me refiero a intelectuales académicos, sino a los pensadores y personas políticas, metidas en política, ellos deben considerar que no es posible cambiar la correlación de fuerzas sin unirse a la lucha, siendo dirigidos por los movimientos sociales —sin tratar ellos de dominarlos ni de conseguir la fama personal, sino que integrándose los movimientos sociales de base en su pensamiento político y sus estrategias de cambio. Los activistas e intelectuales que escriben en este libro han asumido ambos retos. Será bueno para todas y todos seguir su ejemplo.

## INTRODUCCIÓN

# ¡MOVIMIENTOS ALIMENTARIOS UNIDOS! ESTRATEGIAS PARA TRANSFORMAR NUESTROS SISTEMAS ALIMENTARIOS

Eric Holt-Giménez\*

El régimen alimentario corporativo que actualmente domina los sistemas alimentarios del planeta es ambientalmente destructivo, financieramente volátil y socialmente injusto. Su responsabilidad fundamental en provocar la crisis alimentaria global está bien documentada. Tristemente, las «soluciones» que proponen nuestros gobiernos y las instituciones internacionales llaman a hacer lo mismo, a repetir las tecnologías destructivas, el mercado global y a mantener el poder de las corporaciones sin regulaciones, justamente lo que provocó la crisis alimentaria mundial. Necesitamos visualizar y crear soluciones reales —no desde las instituciones y dirigentes que están provocando el problema, sino creadas por las personas más afectadas por la pobreza y el hambre que el régimen alimentario corporativo produce.

Este libro no es una crítica al régimen alimentario corporativo; es una ventana en el pensamiento y la acción de los movimientos sociales que luchan para que los sistemas alimentarios sean controlados democráticamente. Trata del surgimiento de alianzas para la transformación de nuestros sistemas alimentarios.

Un dinámico movimiento alimentario global se alza para confrontar el asalto que las corporaciones hacen a nuestros alimentos. Por todo el mundo se realizan actividades locales para alcanzar la justicia alimentaria y han logrado conquistar pedazos de sus sistemas

---

\* Food First.



alimentarios a través de huertos comunitarios locales, agricultura orgánica, agricultura apoyada por la comunidad, mercados campesinos, procesamiento y distribución local en manos de pequeños productores. Los defensores de la soberanía alimentaria se han organizado para exigir reforma agraria, terminar con los tratados de libre comercio y apoyar a las familias productoras, las mujeres y los campesinos. Se realizan manifestaciones y protestas en contra de la expansión de los organismos genéticamente modificados (OGM), de los agrocombustibles, de las ocupaciones de tierra por corporaciones y contra el control oligopólico de nuestros alimentos. Estas manifestaciones se realizan diariamente en todo el mundo y están creciendo, están rompiendo el supuesto muro granítico del régimen alimentario corporativo; lo hacen con una visión de esperanza, equidad y sustentabilidad.

La convergencia social y política de los «practicantes» y los «activistas» de estos movimientos alimentarios ha avanzado bastante, como lo evidenció la creciente tendencia a nivel local y regional de organizar Consejos de Política Alimentaria (Food Policy Councils) en Estados Unidos de América; las coaliciones por la soberanía alimentaria que se extienden en Latinoamérica, África, Asia y Europa; y la creciente atención que en la literatura académica y los medios populares prestan a las soluciones prácticas y políticas de la crisis alimentaria. El movimiento alimentario global brota de un fuerte compromiso con la justicia alimentaria, la democracia y la soberanía alimentarias de miles de sindicatos campesinos, uniones agrarias, grupos de consumidores, Organizaciones No Gubernamentales, ONG, organizaciones de fe y organizaciones comunitarias, tanto urbanas como rurales, del Norte y el Sur en todo el planeta. Este extraordinario «movimiento de movimientos» se ha extendido, es muy diverso y altamente creativo—y políticamente amorfo.

Muchas publicaciones indican las iniciativas esperanzadoras en la producción de alimentos, procesamiento, distribución y consumo; otras analizan e identifican las limitaciones estructurales para crear un sistema alimentario justo y sustentable. Sin embargo, ha habido poca reflexión estratégica sobre cómo llegar donde estamos —un amplio conjunto de fuertes alternativas descoordinadas entre sí— a dónde necesitamos estar: *la nueva norma*. Tristemente, una visión social,

ambiental y económica sobre cómo debería ser un buen sistema alimentario casi nunca está acompañada de una visión política clara sobre *cómo* llegar a ese ideal... ¿Qué podemos hacer para obligar a retroceder el régimen alimentario corporativo y crear un sistema alimentario mundial saludable, sustentable y equitativo?

En este libro *¡Movimientos Alimentarios Unidos!* líderes de los movimientos alimentarios del mundo responden la perenne pregunta política: ¿Qué hacer?

Las respuestas —desde las múltiples perspectivas de los activistas comunitarios para alcanzar la seguridad alimentaria, de las y los líderes campesinos y laborales, pensadoras feministas y prominentes analistas— brindan estrategias para la convergencia entre los diversos actores y organizaciones en el movimiento alimentario global. Los autores confrontan frontalmente al régimen alimentario corporativo, con argumentos persuasivos sobre cambios específicos a realizar en la producción de los alimentos, en el procesamiento, la distribución y el consumo. También explican cómo se pueden implementar estos cambios políticamente.

En la primera parte, Agricultores, sostenibilidad y soberanía alimentaria, quienes producen más de la mitad de los alimentos mundiales —productores familiares, campesinos y trabajadores agrícolas— se expresan con términos fuertes, claros y radicales. Paul Nicholson de la Unión de Agricultores Vascos, EHNE, y João Pedro Stédile y Horácio Martins de Carvalho del Movimiento Brasileiro de los Sin Tierra, MST, debaten abiertamente al describir el surgimiento y evolución de la soberanía alimentaria como plataforma política, para hacer retroceder el asalto neoliberal en nuestros sistemas alimentarios. Sustentando sus argumentos en la rica experiencia de las luchas agrarias en el País Vasco, en Brasil e internacionalmente, estos líderes llaman a formar *alianzas para acciones transformadoras y nuevas política estructurales* en nuestros sistemas alimentarios. George Naylor de la Coalición Nacional de Agricultores Familiares, NFFC (National Family Farm Coalition) hace un análisis incisivo del régimen alimentario corporativo desde lo profundo en Estados Unidos de América, EEUU. Con la claridad de un agricultor, Naylor explica las oportunidades y las limitaciones de la producción alimentaria sustentable utilizando la «Curva de Naylor» y establece un vínculo histórico entre las luchas de los

agricultores de EEUU con la lucha internacional actual por la soberanía alimentaria. Dado que la producción y procesamiento del 70% de los alimentos en África lo realiza mujeres, Tabara Ndiaye y Mariamé Ouattara de África Occidental, explican que el liderazgo de las mujeres es esencial para alcanzar una «verdadera autonomía alimentaria». Ellas solicitan que se apoye y se mejore la situación de las mujeres en sus comunidades, países y regiones. Estas mujeres juegan un rol primordial en la campaña «Nosotras somos la Solución» que se realiza en África, una inspiradora campaña alternativa que se contrapone a la que realizan las corporaciones «Alianza para la Revolución Verde en África».

Desde el campo, expertos en desarrollo rural de África, Latinoamérica y El Caribe aportan su experiencia de décadas, trabajando con las y los agricultores, y las y los campesinos en la enorme tarea de unir las innovadoras alternativas agroecológicas con los movimientos políticos por la soberanía alimentaria.

John Wilson, de Zimbabue, defensor durante largo tiempo de la agricultura sustentable, describe cómo se han expandido las prácticas agrícolas sustentables entre las Organizaciones no Gubernamentales, ONG, y entre grupos campesinos de África del Este. Se requiere que gradualmente se comprenda que las organizaciones de agricultores y campesinos deben asumir la dirección en este proceso de transformación de la producción de alimentos campesinos; lo cual representa un reto para las ONG, pues deberán transformarse, superar ser proveedoras de técnicas y convertirse en apoyos efectivos para los procesos políticos. La necesidad de apoyar el liderazgo político de las y los agricultores y campesinos es respaldado en el último capítulo de la primera parte, escrito por Groundswell (Oleada), un nuevo colectivo que trabaja en Haití, Ecuador, Burkina Faso y Ghana. Groundswell pregunta cómo pueden las ONG apoyar de mejor forma a los movimientos por la soberanía alimentaria en el terreno, entre los agricultores y campesinos que luchan por construir sistemas de producción sustentables. Con gran fuerza se sugiere el cambio de estrategias: pasar de estrategias dirigidas por los donantes, a estrategias determinadas por las y los agricultores y campesinos y sus movimientos.

La segunda parte, Consumidores, trabajadores y justicia alimentaria, se centra en la situación global del Norte, donde las y los

agricultores (quienes constituyen menos del 2% de la población) se han unido a los trabajadores alimentarios y a los consumidores en una lucha conjunta para cambiar el sistema alimentario. Estrategias sobre justicia alimentaria, desmantelamiento del racismo, así como estrategias para obtener alimentos saludables producidos localmente de manera sustentable, emergen tan poderosas como las fuerzas progresistas que dirigen al cambio. El activista y escritor Raj Patel descubre las raíces radicales del movimiento por la justicia alimentaria desarrollado por el Partido de las Panteras Negras (Black Panthers) que realizó un programa de desayuno gratis en las escuelas en EEUU. El acercamiento práctico y político del Partido con la seguridad alimentaria de los barrios era parte de una visión más amplia sobre cambio social. Josh Viertel del Movimiento de «Comida Lenta» (Slow Food) de EEUU, nos llama a ser ciudadanos activos para ser capaces de crear un sistema alimentario que sea «bueno, limpio y justo» para todas las personas, no solo para quienes lo pueden pagar. Las barreras estructurales para tener sistemas alimentarios saludables y equitativos son analizadas detalladamente por Brahm Ahmadi, quien a través del estudio de caso de Oakland, California, explica cómo los «desiertos alimentarios» son un reflejo de la destrucción económica y política que ocurre en las comunidades pobres de gente de color. Ahmadi aborda las divisiones creadas de raza y clase, y llama a apoyar el liderazgo de las comunidades desatendidas, quienes son fuertemente afectadas por las injusticias del sistema alimentario actual.

Lucas Benítez y José Oliva abordan los problemas laborales en el sistema alimentario de EEUU. De hecho, nos preguntamos cómo el movimiento alimentario puede pensar en transformar el sistema alimentario sin antes comprender la función de las y los trabajadores en el actual sistema y en el creciente movimiento alimentario. Las estrategias de las y los trabajadores agrarios, campesinos, procesadores de alimentos, consideran acciones y alianzas en unión con iglesias, universidades y otros movimientos defendiendo los derechos laborales y la seguridad alimentaria, a través de todos los trabajadores de la cadena alimentaria desde la producción hasta el consumo.

Ken Meter afirma que los sistemas alimentarios locales pueden y están jugando una importante función en la recuperación económica en EEUU, cuando las y los consumidores encuentran formas de rein-

vertir su presupuesto alimentario. Los estudios de casos de negocios alimentarios locales que crean vínculos entre lo rural y lo urbano, generan recomendaciones políticas para fortalecer las economías alimentarias locales. El análisis de Meter comparte el énfasis en el poder local del presupuesto alimentario con las observaciones que hace Xavier Montagut desde Cataluña en la península Ibérica. Montagut describe cómo grupos catalanes y españoles están conservando el poder de su cadena alimentaria local a través de sistemas radicales de comercio justo —para beneficiar tanto a los productores como a los consumidores. A diferencia de la certificación de «comercio justo», que busca canalizar el comercio justo mediante las cadenas corporativas de supermercados que extraen los recursos de las comunidades, la iniciativa catalana es una estrategia local-internacional que busca mantener los beneficios de las comunidades en las comunidades al unir la soberanía de los consumidores con la soberanía de los productores.

La tercera parte, Desarrollo, clima y derechos, trata sobre movimientos internacionales y transnacionales que luchan por la reforma agraria, la justicia climática, los movimientos de mujeres y el derecho a la alimentación. Hans Herren y Anglea Hilmi del Instituto Milenio (Millennium Institute) prueban el potencial de la innovadora propuesta —difamada por las corporaciones— planteada por la Evaluación Internacional del Papel del Conocimiento, la Ciencia y la Tecnología en el Desarrollo Agrícola, IAASTD (International Agricultural Assessment for Science, Knowledge and Technology for Development) para establecer una nueva agenda en la cual «el negocio como se hace siempre no es una opción».

El derecho a la alimentación como plataforma para transformar los sistemas alimentarios es explicado por Olivier De Schutter, quien enfatiza en el rol de la agroecología y los movimientos sociales desde la oficina del Derecho a la Alimentación de la Organización de Naciones Unidas, ONU. Nora McKeon argumenta sobre las luchas de los movimientos sociales para acceder al poder de fijar agendas de la ONU a través del recién reconfigurado Comité de Seguridad Alimentaria. Uniendo la justicia climática con la soberanía alimentaria, Brian Tokar explora la convergencia natural de estos genuinos movimientos de base internacionales —y llama a una solidaridad aún mayor entre Norte y Sur, y a la construcción de una alianza.

Llevando la discusión al campo de uno de los movimientos sociales más poderosos del mundo, Miriam Nobre comparte su experiencia en la Marcha Mundial de Mujeres para alcanzar la soberanía alimentaria y especifica las formas como esta marcha ha ayudado a modelar tanto los movimientos de mujeres como los movimientos alimentarios. Finalmente, Rosalinda Guillén —trabajadora agrícola y feminista— cierra la última parte del libro llamando a los activistas alimentarios a transformar sus propios movimientos para lograr transformar los sistemas alimentarios —y para transformarse a sí mismos.

Lograr juntar la opinión de todas y todos estos autores sobre ¿qué hacer? para fortalecer y unir nuestros movimientos alimentarios, ha sido un proceso estimulante y a veces un reto sobrecogedor. Las y los dirigentes de movimientos son personas muy ocupadas con compromisos urgentes; muchos no tienen el tiempo para escribir. Afortunadamente, son visionarios y tienen una sed insaciable de justicia. Los hilos de convergencia que fluyen a través de estas palabras generadas por activistas y practicantes, pensadores y actores con diferentes perspectivas y orígenes de todo el mundo, crean un rico y deslumbrante tejido para la transformación. Esta es nuestra esperanza, nuestro objetivo, que este libro inspire a las y los lectores para que alcancen más que sus metas inmediatas y que vean el movimiento alimentario de manera holística, para que actúen comprometiéndose más profundamente en el proceso del que todos dependemos, del proceso del que depende nuestro pan, nuestra tortilla de cada día.